

no es fácil determinar si fué labrada así sin otro designio ó si tomó milagrosamente esa actitud.

*Soissons.*

XII. ¿Quién ignora el culto que de antiguo se da á la virgen María en la ciudad de Soissons en Picardia? Hugo Farsy, canónigo de Laon, escribió un libro por los años 1115 de las maravillas casi sin número obradas en favor de aquellos habitantes por nuestra señora, especialmente atajando la enfermedad llamada fuego sacro, que abrasaba vivas á las personas y arrebatava mucha gente. El mismo escritor recopiló gran número de curaciones y otros beneficios que la ciudad de Laon recibió por su antigua piedad y por el culto tributado en todo tiempo al féretro de la Virgen.

*Tournay.*

XIII. En el año 1540 la ciudad de Tournay en Flandes, muy devota de nuestra señora, estuvo asediada durante cuarenta dias por los ingleses y se vió reducida á tal extremo, que no le quedaban ya viveres para mas de cuatro dias. En este apuro se celebró una procesion en la iglesia catedral de nuestra señora, en la que se llevaron las llaves de la ciudad á la Virgen, rogándola la recibiera bajo su especial proteccion y la socorriera en aquella necesidad. Los ruegos de los habitantes fueron oídos, porque antes que espiraran los cuatro dias, los enemigos levantaron el cerco y la ciudad recibió refrescos.

*Malta.*

XIV. Quien lea lo que se dijo de Malta en el tratado primero y lo que escribe Justo Lipsio de la ciudad de Haut, conocerá que la Virgen su protectora la ha liber-

tado milagrosamente muchas veces de la irrupcion de los enemigos, echando por tierra sus siniestras maquinaciones.

XV. Quien intentara no digo recopilar todo lo que pudiera alegarse sobre este particular, sino acotar una parte de ello, necesaria traer á colacion todas las ciudades de la cristiandad, y en especial aquellas que estan dedicadas mas particularmente al servicio de nuestra señora, porque no creo exista una siquiera cuyos servicios no haya recompensado la reina de bondad por algun favor especial. Pero lo poco que he dicho, basta para muestra.

§. IV.—De la recompensa de la madre de Dios á algunos emperadores y emperatrices.

I. Es indudable que no hay ningun servicio por pequeño que sea, hecho en honor de la reina del cielo, que esta no haya recompensado inmediatamente con algun beneficio. Pero así como los hechos de los grandes y poderosos son mucho mas visibles y notables en el teatro del mundo que los otros, así tambien lo son los sucesos prósperos ó adversos y los premios ó castigos que los acompañan. Por lo tanto habiendo yo de discurrir de las recompensas de la madre de Dios, he puesto aparte algunas concedidas á emperadores, reyes y príncipes, no para que crea nadie que María hace mas caso de un cetro ó de una corona que de un buen corazon, sino porque los testimonios de afecto que les ha dado, son mas señalados en razon de la clase y categoría que ocupan en el mundo. Añádese que estos personajes elevados suelen tener unas almas mas nobles y pensamientos mas generosos que los otros y con dificultad se mantienen en la mediania á cualquiera parte que se inclinen.

*Constantino.*

II. Dios por lo comun derrama cierta bendicion sobre los primogénitos, que no faltó á Constantino el grande, primer emperador cristiano. Este monarca entre otras prendas buenas fué extraordinariamente devoto de la madre de Dios; á lo que contribuyeron no poco los consejos y documentos de su santa madre Helena, de quien hablaré despues. A mas de la soberbia ciudad de Constantinopla que dedicó solemnemente á la Virgen, le construyó la magnifica iglesia de que hablé en el tratado primero, y se mostró en todo zelosisimo defensor de su honra. Se tenia por tan obligado á nuestra señora, que públicamente confesaba deberle despues de Dios toda su fortuna y todas las victorias que habia alcanzado. S. Agustin dice mucho de Constantino en pocas palabras, porque asienta que dió su nombre á una ciudad que aspiraba á ser la segunda metrópoli del mundo y aun sobrepujaba á la primera en no haber tenido ningun templo de ídolos, que reinó felizmente largos años; que tuvo solo el imperio del universo; que sus victorias fueron tantas como sus combates; que vió todos sus enemigos postrados á sus pies, sus hijos sentados en el solio y el orbe entero sujeto á sus leyes; y que murió de muerte natural lleno de años, de méritos y de laureles.

*Teodosio el jóven.*

III. Teodosio el jóven, principe nacido para abatir la herejia y destruir las reliquias del paganismo, no podía menos de amar con ternura á la madre de Dios. Por una parte le movia á ello su excelente índole, y por otra los discretos consejos de su virtuosa madre Pulqueria, de quien se tratará mas adelante. Trabajó asombrosa-

mente para la reunion del concilio de Efeso, donde fué defendida y ensalzada hasta el mas alto grado la honra de la madre de Dios, la cual en agradecimiento contribuyó en gran manera á hacer al emperador uno de los príncipes mas dichosos. Fué modesto como una doncella, austero como un monje, casto como un ángel, devoto como un serafin, versadisimo en las letras divinas y humanas, tan prudente y circunspecto, que sus obras y sus palabras guardaban siempre uniformidad, tan bondadoso, que hubiera querido no solo salvar á los vivos, sino resucitar á los muertos, tan misericordioso, que sentia las desgracias de los pobres como si fuera padre de ellos, tan justo, que su reinado fué la edad de oro, tan amigo de Dios, que el cielo peleaba por él y derrotaba visiblemente á sus enemigos. En una palabra si apartamos la vista de un fatal accidente que le causó la manzana de la discordia, diremos que su reinado de cuarenta y tres años fué el reinado de un santo.

*Marciano.*

IV. Su cuñado y sucesor Marciano fue un principe irreprochable, y Pulqueria no podia encontrar en el mundo un marido mejor para hacer una vida angelical en la tierra. Era naturalmente inclinado á la piedad, á la justicia y á la conmiseracion y ademas valiente en extremo, porque habia pasado toda su vida en los ejércitos: durante su reinado no se atrevió á moverse ningun bárbaro. No sobrevivió mucho tiempo á su amada esposa, que le tomó la delantera para el cielo. Los dos habian edificado la tan famosa iglesia de Blaquernes, como diré tratando de la emperatriz Pulqueria, y habian hecho muchos y buenos servicios á la madre de Dios; por lo cual les alcanzó esta señora un reinado tan próspero y floreciente.

*Leon.*

V. La Virgen no solamente hace prósperos los imperios, sino que dispone de ellos en favor de los que la sirven. Atestiguo con el emperador Leon, sucesor de Marciano: merece que hablemos aquí de su suerte dirigida por la providencia amorosa de la madre de Dios. Cuenta el historiador Nicéforo que poco antes de la muerte de Marciano encontró Leon, todavía soldado raso, á un pobre ciego que se habia extraviado en el camino de Constantinopla; y como era naturalmente muy humano y bondadoso, le llevó de la mano quitando con mucho cuidado todos los estorbos en que podia tropezar el ciego. El calor era excesivo, y al acercarse á un bosque, donde despues se construyó el templo de que hablaré, el pobre ciego muerto de sed y desfallecido en términos de no poder tenerse en pie se tiró al suelo suplicando á su guia que le buscara un poco de agua. Leon echó á andar á toda prisa, y cuando hubo recorrido el bosque, oyó una voz muy dulce y agradable que le decia: «Leon, ¿por qué te afanas tanto teniendo á la vista lo que buscas?» Sobrecogido de un terror celestial que casi le quita el conocimiento, cuanto mas busca, menos encuentra. Así lo disponia el cielo para que la Virgen le hablase mas distintamente, como lo hizo diciendo por segunda vez: «Leon, que pronto serás emperador, en tal sitio del bosque entre esas espesas matas hallarás una fuente bastante turbia en medio de un pantano: saca de esa agua para refrigerar al ciego y toma un poco de barro para untarle los ojos; con lo que recobrará la vista. Sabe ademas que yo presido en este lugar y me deleito en él de antemano, y pronto conocerás quién soy. Cuando acontezca lo que te he predicho, acuérdate de erigirme aquí una iglesia, porque deseo ser servida y venerada por los prodigios que

obraré.» En seguida Leon se va con toda presteza á donde estaba el ciego, á quien llevaba el remedio de la sed y la medicina para la ceguera, le da de beber el agua y le unta los ojos con el barro. El ciego recobra de pronto la vista y tiene la dicha de ver lo primero á su bienhechora, que se apareció en el mismo instante y llenó á los dos de dulcedumbre y consuelo retirándose luego al bosque. A poco tiempo fué elegido emperador Leon, segun la Virgen le habia predicho. Gobernó el imperio diez y seis años y dejó tales señales de su piedad y valor, que se le puede contar entre los mejores emperadores. En lo que tuvo mas empeño fué en cumplir prontamente lo que le habia ordenado la Virgen, erigiendo en el lugar señalado una suntuosa iglesia que se llamó de la fuente, donde se obraron muchos milagros por la virtud que nuestra señora comunicó á aquella, segun diré al hablar del emperador Andrónico el anciano. Tambien construyó otra redonda en forma de torre á la orilla del mar: su intento era que la madre de Dios sirviese de baluarte á la ciudad imperial, como hizo mientras fué honrada allí con su hijo.

*Zenon.*

VI. Al emperador Leon sucedió Zenon, de quien dije en el tratado primero que consagró á la reina del cielo el templo de Cízico en el Helesponto, edificado por mandato del oráculo y dedicado antes al culto impio de la madre de los dioses. Esto junto con la misericordia para con los pobres que la Virgen le habia dejado por recurso en medio de sus mayores desórdenes, fué la causa de su dicha, porque como un dia acudiese una buena mujer á la Virgen suplicándola encarecidamente vengase un agravio que el emperador le habia hecho, respondió nuestra señora: «Bien quisiera yo; pero me

lo impiden sus manos.» Es probable que su dolorosa muerte sirvió para castigar los diferentes desórdenes que habia cometido en su reinado.

*Justiniano.*

VII. No puede negarse que el emperador Justiniano fué devotísimo de la madre de Dios, á quien habia elegido por su reina y señora poniendo en manos de ella el suceso de todas sus empresas. El venerable abad Sabas le habia predicho que recobraría la ciudad de Cartago y la restituiría al conocimiento de la verdad con todo lo que habian dejado perder sus predecesores por culpa suya. Para lograrlo su guía le habia enviado dos capitanes, que eran dos rayos de la guerra y hacian temblar al mundo, á saber, los ilustres Belisario y Narses. El emperador reconocido á todos estos beneficios de nuestra señora le edificó iglesias en Samaria por consejo de S. Sabas, en Constantinopla, en Jericó, en el monte Sinai, en Antioquia, en Cartago, junto al Cáucaso y en otras partes; en lo cual tambien era tan afortunado, que el cielo le descubria las canteras de mármol y los bosques de maderas para acopiar los materiales, como le aconteció cuando levantaba la magnífica iglesia de Jerusalem llamada la nueva por los habitantes. Habia consagrado á la Virgen su estado y los planes que tenia para reformarle, y ella por su parte bendecía todas las empresas de su siervo. Si siempre hubiera perseverado en esta conducta y no se hubiera entrometido desatentadamente en el gobierno de la iglesia, mereceria entrar en competencia con los primeros príncipes del mundo.

*Justino II.*

VIII. Viendo Justino II el lastimoso estado en que se hallaba el imperio cuando él entró á regirle, recurrió

á la madre de Dios, dedicándole la sinagoga de los judíos de Constantinopla para granjearse su gracia. La Virgen se lo pagó, porque como Justino degenerando de sus buenos principios perdiese la razon hácia el fin de su vida, nuestra señora le restituyó el uso de ella, le dispuso á nombrar por sucesor al piadoso Tiberio y le dió muchos consejos saludables y sobre todo el de hacer penitencia de los pecados cometidos.

*Mauricio.*

IX. La vida del emperador Mauricio se asemeja á un tapiz tejido de diversos sucesos buenos y malos. Sus vicios fueron tan grandes como sus virtudes; pero á lo menos no puede negarse que fué recomendable por su piedad para con la reina de los ángeles. Dió pruebas de ello segun Teofilacto en la guerra contra los persas, porque la emprendió bajo los auspicios de Maria, cuyo nombre servia de santo á los soldados. Nuestra señora por su parte recompensó esta confianza alcanzándole una victoria gloriosa; y para mí no cabe duda de que la madre de Dios le calmó á fin que recibiera con tanta resignacion la muerte de sus hijos y la suya propia, no profiriendo mas palabras que estas cuando le fue anunciada: «Señor, tú eres justo y tu juicio es equitativo.»

*Carlo Magno.—Origen de coronar á los reyes de romanos.*

X. Carlo Magno, verdadero retrato de un emperador perfecto, era singularmente devoto de la Virgen santísima, á quien dedicó algunas iglesias, y en especial en las ciudades de la Sicambria Munich y Aquisgran, donde quiso ser enterrado. Como tenia gran cariño á este lugar, que llamaba su capilla real, puso todo el conato en hacerle magnífico; para lo cual mandó llevar colum-

nas de mármol y pórfido, las puertas y barandillas se hicieron de bronce macizo, y el tejado se cubrió de plomo. La enriqueció con muchas reliquias preciosas traídas de la Palestina, entre ellas la camisa de la virgen María, que se guardó en una hermosa urna de plata dorada. Para mayor solemnidad pidió al papa S. Leon III que consagrarse él aquel templo, cuya ceremonia se ejecutó el día de la Epifanía del año 804 con la concurrencia de muchos príncipes y señores, arzobispos y obispos, á quienes habia convidado en número de trescientos sesenta y cinco, tantos como días tiene el año. El Señor mostró claramente que aquel acto le era agradable resucitando á dos de ellos, que vivian cuando fueron convidados; pero que murieron antes de la ceremonia. En esta iglesia oraba Carlo Magno de día y de noche, y no habia para él mayor satisfaccion que tratar con Dios y su santa madre. Allí concurría tambien ordinariamente á celebrar las principales festividades del año, y enriqueció aquel famoso santuario con los presentes mas singulares que se le hacian. La costumbre que aun hoy se observa, de coronar á los reyes de romanos y ponerlos en la cabeza la primera vez la diadema imperial en esta capilla delante del altar de la Virgen, proviene de la institucion de Carlo Magno: este principe piadosisimo pretendia con eso que sus sucesores tomasen las riendas del estado bajo la conducta y proteccion de la madre de Dios y se persuadiesen á que el medio verdadero de triunfar de sus enemigos, no engreirse por las prosperidades y gobernar bien el imperio era amar y servir de todas veras á la madre de Dios. Algunos años despues de su muerte se abrió el sepulcro de este invencible monarca y se le halló como si estuviera vivo. Estaba sentado en su real trono y tenia tres relicarios pequeños pendientes del cuello: en el primero en figura de cruz habia un *Lignum crucis*; en el segundo atado con una

cadenita de oro habia algunos cabellos de la Virgen; y en el tercero una imágen de la misma, que se dice ser obra de S. Lucas. El emperador los llevaba cuando iba á la guerra por devocion á María santísima, en quien tenia puesta su principal confianza despues de Dios. Asi nuestra señora ayudó á hacerle ilustre en piedad, en justicia, en caridad, en magnanimidad, en conquistas y en todo género de virtudes reales y heróicas, en una palabra grande entre los grandes.

*Luis el pio.*

XI. Su hijo Luis el pio llevaba la imágen de la Virgen en su compañía á todas partes, y sin esta guia no hubiera emprendido cosa alguna. En cualquier circunstancia en que se le considere, siempre se le encontrará respirando el aura suave de los hijos de María. Era sobrio en la comida, modesto en el vestir, espléndido en sus dadas, invencible en el combate, constante en la adversidad, tardo para la ira, pronto para perdonar, fácil para reconciliarse, fiel á Dios, respetuoso para con la silla apostólica, caritativo con los pobres, equitativo con todos. Y aunque no le faltó el ejercicio de la paciencia como á los otros siervos del Señor, no obstante Dios y su santa madre le sacaron de todos los aprietos y le hicieron triunfar de sus enemigos como él se vencía á sí mismo.

*Basilio.*

XII. Basilio el macedonio, principe prudente y zeloso para promover la gloria de Dios y la conversion de los infieles, se habia captado la gracia de la reina del cielo, la cual le dió el general Andrés, uno de los mas fieles siervos que tenia nuestra señora en el ejército imperial. Habiendo recibido Basilio en el año 886 unas car-

tas del príncipe de los sarracenos que se habían establecido en Tarso de Cilicia, atestadas de insolencias é improperios no solo contra la persona del príncipe, sino contra nuestro Salvador, su santa madre y la religion cristiana, de que se indignaron todos los consejeros y cortesanos, Andrés no hizo mas que marcharse á la iglesia y atar aquellas cartas impías al cuello de una imágen de nuestra señora diciéndole: «Santa madre de Dios, ya ves los improperios que ha vomitado ese bárbaro contra la majestad de tu hijo y la tuya y contra la religion.» En esto mandó tocar llamada, y reunidas las tropas marchó contra los insolentes infieles bajo los auspicios de su capitana con tanto valor y resolucion, que los derrotó á todos.

*Leon el sabio.*

XIII. En el capítulo VIII del tratado primero hablé de la piedad de Leon el sabio, por otro nombre Porfirógeno, y no es mi ánimo repetir lo que allí dije; pero si quisiera acreditar una idea que tengo, y es que de resultas de esa buena voluntad de su siervo le repuso nuestra señora en el sólio imperial, de donde le habia arrojado su padre. La cosa pasó así. El mágico Teodoro de Santabar con capa de santidad y fingiendo milagros habia prevenido el ánimo de Basilio y le habia enemistado con su hijo so pretexto de que este habia intentado quitarle la vida; y el padre le tenia encerrado ya hacia siete años despues de haberle desheredado. Pero véase de qué arbitrio se valió el cielo para descubrir la inocencia del príncipe. Habia en palacio un papagayo, que ya por habérselo enseñado alguno con secretos designios de Dios, ya porque espontáneamente hablase tales palabras por ocultos móviles de la divina providencia, no decia otra cosa que esto cuando veia entrar en palacio á algun hombre distinguido: «Hola, hola, señor Leon.» Decialo con

tanta gracia y en un tono tan lastimero, que los señores de lá corte se movieron á compasion y aprovechando la oportunidad contaron al emperador lo que pasaba. Este quiso oír al papagayo y se enterneció: mandó pues sacar á Leon del encierro, le volvió su amistad y le asoció al imperio. El príncipe en medio de estos beneficios se aficionaba mas y mas á honrar á la madre de Dios, como lo probó claramente cuando llegó á mandar.

*S. Enrique I.*

XIV. Mucho habria que andar para encontrar un siervo de Dios semejante á S. Enrique I ó II segun otros en su devocion á la madre de Dios. A ella se encomendó cuando se propuso guardar perpétua virginidad con su mujer la emperatriz Cunegunda, porque librándose así del cuidado de los hijos tuviesen á Dios y á la Virgen por herederos de la mejor parte de sus bienes. Así lo cumplieron religiosamente, y hallamos en las historias que fundaron y dotaron cerca de mil iglesias, entre ellas la magnífica de Spira digna de un emperador, aunque habiendo sorprendido la muerte á Enrique antes que la concluyera, lo hizo Conrado su sucesor. No hablo aquí de las doncellas pobres que casaron, y de las muchas buenas obras que hicieron: me basta decir en general que no desperdiciaron ninguna ocasion de manifestar su devocion á la reina del cielo. Así puedo decir con verdad que este príncipe recibió de ella tantos beneficios, que si se consideran las santas obras en que se empleó, parece le fuese imposible dedicarse á otra cosa. Por otra parte si se leen sus empresas, conquistas y hazañas, cualquiera diria que se ocupó únicamente en la guerra y en los ejercicios

(4) Véase lo que se dijo de él en el cap. 4, §. 3 de este tratado.

de la milicia. Ve ahí para qué sirve la devoción á la madre de Dios.

*Andrónico el anciano.*

XV. Andrónico el anciano, aunque cismático, tendrá aquí un lugar entre los demás por haber sido devoto de la reina del cielo. Refiere Nicéforo Gregoras que habiéndose apoderado de la ciudad de Constantinopla su sobrino Andrónico el jóven, temió él muchísimo perder la vida, porque no ignoraba los perversos designios de aquel mozo. Con este temor recurrió á la madre de bondad bajo la advocación de nuestra señora de la Guía, que se guardaba entonces en la capilla del palacio imperial. Allí postrado ante la sagrada imágen suplicó con lágrimas á nuestra señora se dignase de socorrerle en aquella extrema necesidad. A poco entró en la misma capilla el sobrino, y no bien hubo orado ante la Virgen pareció otro hombre. Así es que habló á su tío con todo respeto, le alentó y prohibió bajo graves penas á los de su comitiva que nadie le hiciera mal. Poco antes habia experimentado ya Andrónico la protección de nuestra señora, segun escribe Gregoras, porque viéndose desahuciado de los médicos en una enfermedad peligrosa en términos que la servidumbre tenia ya dispuesto todo lo necesario para el entierro, el emperador se acordó de la fuente milagrosa que mencioné al tratar de Leon, y preguntó si podria antes de morir beber el agua de la fuente de oro (así la llamaban). Por su dicha estaba presente una dama de la emperatriz, la cual dijo que un criado suyo habia traído á la hora de cenar una botella de aquella agua y que la ofrecia desde luego al emperador. Habiéndola bebido este y habiéndose lavado con ella todo el cuerpo descansó hasta la mañana con un sueño dulce y tranquilo. Al otro dia se levantó muy temprano, y como si volviese de un profundo éxtasis, clamó con una

voz mas fuerte que antes: Loado sea Dios. El médico de cámara fué á verle creyendo encontrarle muerto; pero le halló sin calentura y sin otro sintoma morboso que una gran debilidad. Preguntóle entonces cómo estaba, y el emperador respondió: Dios solo lo sabe. Volvió el médico á tomarle el pulso segunda y tercera vez sin fiarse de lo que veia y observaba; tan atónito le tenia que el príncipe se hubiese recobrado de aquella manera. Llamó á los otros médicos, y todos quedaron pasmados. A los pocos dias se levantó el príncipe con gran contento de sus parciales, que no cesaban de dar gracias á Dios y á su santísima madre por haber restituido la salud y la vida á su soberano. Este, que habia vestido el hábito de monje durante su enfermedad, quiso llevarle en agradecimiento hasta su muerte, que ocurrió de allí á dos años.

*Mateo Cantacuzeno.*

XVI. En el capítulo VI cité á Heraclio, que salia honrosamente de las batallas bajo la conducta de la Virgen á quien servia, y aguardo otra ocasión para hablar de los emperadores Juan Zimisceo, Juan Comneno, Federico III y otros, que habiendo sido recomendables por su devoción á la Virgen recibieron de ella espléndidas recompensas. Concluiré el discurso de los emperadores con el sabio Mateo Cantacuzeno. Era hijo de Juan, emperador de Constantinopla, y cuñado de Juan Paleólogo, también emperador. No puedo decir qué es lo que le granjeó mas gloria, si su valor y pericia militar ó su talento y literatura, de que dió pruebas en sus escritos. No obstante su padre guiado á lo que se cree por los halagos de su hija Helena, mujer de Juan Paleólogo, llegó á prometer el imperio á este con desprecio y descontento de Mateo, á quien correspondia de derecho. Pero luego recapacitando y conociendo la injusticia que

habia cometido, quiso repararla en vida. Así á solicitud de todos los magnates del imperio se despojó voluntariamente de la corona para ceñirla á su hijo Mateo, quien la recibió de manos del patriarca de Constantino-  
pla Filoteo, y fué saludado por todos emperador con tanto regocijo como turbacion habia causado su inesperado despojo. Sin embargo como el deseo de reinar hace atropellar toda especie de equidad, Juan Paleólogo no dejó piedra por mover, hasta que se apoderó de la persona de su cuñado y le sepultó en un encierro con grillos y esposas amenazando que mandaría sacarle los ojos, si no desistia de los derechos que podia tener á la corona. Mateo persistió mucho tiempo en la resolucion de perder generosamente la vida antes que renunciar por cobardía sus derechos. Por fin el padre que le habia jugado esta mala partida, se dedicó á enmendar lo mejor que pudo lo hecho, y estando seguro de que le hallaria siempre mas docil y condescendiente le movió con buenas razones y sobre todo con el peso de la autoridad paternal á que mostrara su magnanimidad con el desprecio generoso de los honores. Mateo que se habia manifestado siempre buen hijo no obstante la indiferencia de su padre, le declaró al fin que no le desobedecería nunca ni aun por la corona imperial. Así prefirió un honroso retiro donde pudo cumplir sus deberes de hijo, al trono que no podia ocupar sino malquistándose con su padre. Mateo, príncipe muy devoto é instruido, tuvo desde la niñez particularísima inclinacion á honrar á la madre de Dios, la cual hizo con él oficios de una buena madre, porque le preparó el corazón para sobrellevar no solo con paciencia, sino con alegría todas las contradicciones con que tropezó desde bien temprano, le hizo mas grata la soledad que todas las cortes del mundo, le recibió en los brazos de su providencia maternal y le dió á gustar de tal suerte los

frutos de la paz y tranquilidad, que una hora de aquella vida le era mas preciada que siglos enteros de la hor-  
rascosa vida del mundo. Este buen príncipe infinitamente agradecido á su libertadora solia decir que era perdido si no se hubiese perdido, y en prueba de sus sentimientos conversaba con ella, le hacia mil finezas y le consagraba sus vigias y escritos. En fin el deseo que tenia de que todos la amasen y conociesen como él, le hizo tomar la pluma para interpretar los Cantares de Salomon; en lo que manifestó no menos cariño y devocion que ingenio y feliz inventiva.

*Santa Helena.*

XVII. Ya es tiempo de decir dos palabras de las piadosas princesas que en la cumbre de su grandeza se hicieron inmortales por su zelo y devocion para con la madre de Dios. Santa Helena merece ocupar el primer lugar. Su nombre vivirá á pesar de la envidia en los panegíricos de los mas célebres historiadores eclesiásticos, Eusebio, Teodoro y Nicéforo, y en los escritos de los antiguos padres por haber sido un modelo acabado de todas las virtudes y especialmente de la piedad para con la reina de los ángeles. Ardia en deseos de dejar impresas en todas partes las huellas de su devocion y de levantarle iglesias como hizo en Getsemani, Bettehem, Roma, Nápoles y otros muchos lugares. La Virgen se mostró tan reconocida á estos servicios, que con dificultad puede concebir el entendimiento humano cosa alguna que faltase á la dicha de aquella princesa, madre del primer emperador cristiano y dechado de monarcas. El elocuente y grave S. Ambrosio no hallando con quién compararla se atrevió á decir que tenia alguna semejanza con la madre del rey del cielo, salvo el respeto que debemos á la que es sin par en todas sus perfecciones. «La Vir-



gen madre, dice (1), llevó al Salvador en sus entrañas, y santa Helena halló la cruz del mismo Salvador en las entrañas de la tierra. Aquella con pasmo del universo mostró á los hombres un Dios encarnado que venia del cielo para redimirlos, y esta erigió de nuevo el estandarte de la redencion para consuelo del mundo. Aquella fué visitada por el ángel para reparar los estragos de la primera mujer, y esta fué escogida por el espíritu de Dios para ser madre del primer emperador que fué hijo de salvacion, y en cierto modo madre de todos los demas que siguieron sus huellas. No se puede subir más alto.»

*Santa Pulqueria.*

XVIII. A esta sigue santa Pulqueria, la perla de las princesas, el ornamento de la corte sagrada y la joya del cielo. Desde su niñez amó á la Virgen de las virgenes, y para manifestar la inclinacion que tenia á imitarla en la guarda de su pureza, ofreció su virginidad al único esposo de las virgenes y á su madre santísima en cuanto llegó á la edad competente, y lo mismo persuadió á sus hermanas, quienes para hacer mas solemne su ofrenda presentaron un altar guarnecido de piedras preciosas en la iglesia de santa Sofia. Habiendo comenzado á gobernar el imperio con su hermano Teodosio á la edad de quince años inculcó profundamente en él la devocion á la Virgen, segun he dicho arriba, y ella por su parte aprovechó todas las ocasiones de servirla. En particular mostró su zelo en el concilio de Efeso celebrado contra el impio Nestorio, enemigo jurado de la madre de Dios, asistiendo de muchas maneras á los padres congregados allí, ayudándolos con sus consejos,

(1) Orat. de obitu Theodos.

protegiéndolos con su autoridad y socorriéndolos con sus bienes. Erigió á nuestra señora tres iglesias dignas de su magnificencia imperial segun testimonio de Nicéforo y otros historiadores; la primera en la plaza de los fundidores, que fué consagrada por el patriarca S. German y donde se guardaba como un precioso tesoro el ceñidor de la Virgen: allí se celebraba todos los miércoles una vigilia solemne, y Pulqueria la visitaba muchas veces á pie. La segunda se llamó nuestra señora de la Guia por un suceso que ocurrió á poco de haberse construido. Maria santísima habló á dos ciegos que iban de camino, y los mandó dirigirse á su iglesia añadiendo que ella les serviria de guia y que allí recobrarian la vista, como aconteció. Este templo fué célebre por las preciosas reliquias que depositó en él la emperatriz, á saber, la imágen de la madre de Dios labrada por san Lucas y los pañales del Salvador que le habia enviado Eudoxia á ella ó al emperador Teodosio segun otros. Por lo comun se velaba allí el martes y habia gran concurso de pueblo. La tercera iglesia fué la de Blaquernes tan nombrada entre los antiguos, edificada junto al puerto de Constantinopla y enriquecida con toda clase de ornamentos y especialmente con la sábana santa con que fué envuelto el cuerpo del Salvador. La madre de Dios no quiso ser vencida en liberalidad, porque sin hablar de las dotes de virtud y santidad con que distinguió á Pulqueria mas que á otras muchas, puedo decir sin reparo que nunca hubo mujer mas honrada en vida, ni mas gloriosa en su muerte. Ella gobernó por espacio de treinta y nueve años el imperio mas floreciente del mundo: el papa S. Leon, S. Cirilo y los personajes mas ilustres de Oriente y Occidente ejercitaron sus plumas en loor de ella llamándola la santa, siempre augusta, virgen antes de casarse y virgen en el matrimonio, hija y mujer de emperador, maestra de los emperadores,

protectora de los pontífices, guardadora de la fe, muro de los ortodoxos, honor de la iglesia y del imperio, nueva Helena, nuevo portento del mundo y ejemplo de la posteridad. En los concilios fué aclamada en términos tan magníficos, que no puede desearse mas. Poco antes de su muerte la aclamaron así los padres del concilio calcedonense: Viva la emperatriz augustísima: viva Pulqueria: viva la nueva santa Helena. Dios nuestro, consérvanos la santa; consérvanos la ortodoxa; conserva á la guardadora de la fe. En fin su nombre ha sido incluido en el martirologio de los griegos y en el romano, y su fiesta se celebra el día 10 de setiembre. ¿Qué cosa hay mas gloriosa?

*Eudoxia la jóven.*

XIX. Si Eudoxia, esposa de Teodosio el jóven, se mostró diligente y zelosa para servir y honrar á la reina del cielo, especialmente buscando sus reliquias cuando estaba en Palestina, para darles culto segun su mérito; la madre de bondad halló medio de pagarle el céntuplo de honor y contentamiento. Con efecto el anacoreta S. Eutimio le avisó el tiempo de su muerte, habiendo conversado con los ángeles de la tierra y del cielo y vivido desasida de los cuidados y afectos del mundo en los once años que estuvo en los santos lugares. ¿Y tan poco vale el morir como una santa despues de haber sido por espacio de veinte y nueve años la primera princesa del mundo y una de las mas cumplidas en hermosura, talento y saber que han existido nunca?

*Santa Cunegunda.*

XX. Creo que todos los que hayan observado antes á santa Cunegunda unida de entendimiento y voluntad

con su esposo S. Enrique para servir y honrar á la Virgen santísima de todos los modos posibles, juzgarán al mismo tiempo que participó con él de las gracias de nuestra señora; no obstante hay una peculiar de aquella santa que no puedo pasar en silencio, porque me parece muy relevante. Hablo de la que se le otorgó el día que se despidió del mundo menospreciando las grandezas terrenas. Esta santa doncella y emperatriz mandó edificar despues de muerto su marido un monasterio con una iglesia bajo la advocacion de nuestra señora del Refugio, donde se encerró con una sobrina suya y algunas doncellas escogidas el día mismo que cumplía el año de la muerte de S. Enrique. Fué un espectáculo que arrancó lágrimas á todos los asistentes y colmó de gozo á los ángeles, ver á aquella excelsa princesa dejar la púrpura imperial, vestir una sencilla túnica negra que habia labrado por sus propias manos, recibir el velo sagrado de las del prelado oficiante, renunciar todo aquello que mas estima el mundo, y entregarse á la madre de los pobres para servirla toda su vida en aquel humildísimo estado en la casa preparada por ella misma. Estime quien quiera otras cosas; por mi parte aprecio mas esta recompensa con que la madre de Dios pagó los servicios de santa Cunegunda, que todas las grandezas imaginables.

§. IV.—De la recompensa de la madre de Dios á algunos reyes y reinas.

*Clodoveo.*

I. Honor al gran Clodoveo, el Constantino de la Francia, uno de los primeros reyes cristianos y espejo de buenos monarcas. S. Remigio, su padre espiritual, que amaba tiernamente á la Virgen, infundió esta devoción en el corazón del príncipe, el cual entre otras co-